

Las tentaciones del analista

Julieta De Battista
AE, Argentina

En nuestro último Encuentro internacional de Escuela intenté avanzar en la interrogación del desconocimiento propio de la práctica analítica: la negación sistemática del real que allí se juega. Si el desconocimiento es la nota característica del análisis – desconocimiento de los síntomas, de lo real, del acto – entonces parece imponerse la pregunta acerca de las operaciones defensivas que este material radioactivo del análisis puede provocar en los analistas.

Un análisis comienza por el “no querer saber” del inconsciente y puede conducir en algunas ocasiones al horror del acto. La nota persiste, por lo tanto, no hay cura de ese real. De esto decanta que no es algo “para mirar de frente”, como el sol o la muerte. Sin embargo, ese carácter indomeñablemente revulsivo parece adoptar ropajes políticamente correctos a veces en la transmisión, con sus consiguientes efectos de seducción, fascinación y sedación. La opinión correcta – la ortodoxia – es quizás una melodía que puede identificarse en algunos momentos de las Escuelas de psicoanálisis. Es una melodía contagiosa, que se pega, de esas que no pueden dejar de reproducirse: un hit tentador y pegadizo. Se la puede reconocer por el carácter adormecedor de su tintineo y por la pesantez de su obediencia automática y repetitiva. No despierta, calma. No incomoda, asegura.

Así, paradójicamente, la ortodoxia podría convertirse en otra modalidad del no querer saber, en una defensa ante la angustia que el encuentro con la heteridad produce. Entonces, ¿todos herejes? Esa podría ser otra forma de lo políticamente correcto, ensalzar la herejía como vía correcta. La herejía de ayer puede ser la doxa de hoy. Probablemente la doxa psicoanalítica que hoy reconocemos como tal provenga de la elaboración, del decantado de las herejías freudianas, despojadas lo suficientemente de sus elementos incómodos. Tal vez podamos leer en cierta ortodoxia una función defensiva, quizás aporte protección, refugio, y eso sea necesario en algunos tramos. Podría haber entonces transmisiones en las que esta cuota defensiva prime más que en otras. Me pregunto entonces ¿Qué clase de refugio nos resulta nuestra Escuela? ¿Qué impacto tendría esto en el dispositivo del pase? ¿No sería la presencia del conflicto, la controversia, la discusión, lo inesperado aquello que agujerearía cualquier confirmación de lo supuestamente correcto y esperable de un analista?

Por esta veta, creo que el debate acerca de la posible convergencia o identificación entre final de análisis y pase sobredimensiona la cuestión del final y puede desenfocarnos de las condiciones que desembocaron en el viraje de analizante a analista. Podría haber habido pase antes del final o después. Puede haber final de análisis y que no haya pase. Por lo tanto, esa relación que suele pensarse tan estrecha tiende a desconocer la brecha entre final de análisis y pase. Propongo demostrarlo con una distinción que encontramos en Lacan y que quisiera resaltar acerca del saber hacer y el saber ser desecho.

En 1976¹, Lacan define al final del análisis por ese saber hacer ahí con el síntoma: “saber desembrollarlo, manipularlo”. Pero ese saber hacer concierne al final del análisis, no al advenimiento del deseo del analista. Es más, ese saber hacer no es privativo del análisis. De hecho, en el *Seminario XXIII*, el saber hacer aparece definido como “el arte, el artificio, lo que le da al arte del que se es capaz un valor notable²”. Lacan dice de Joyce que es un hombre de *savoir faire*, es decir un artista³, y sostiene durante todo ese seminario la pregunta acerca de cómo Joyce logró con su obra alcanzar la notoriedad, mantener ocupada a tanta gente. Pero

Joyce no llegó a eso por la vía del análisis. Por lo tanto, este saber hacer con el síntoma no es algo que permita reconocer al analista, lo encontramos también en el artista. Podrá haber finales de análisis que arriben al saber hacer ahí con el síntoma, o incluso quienes llegan allí sin análisis. Ese saber hacer no conduce necesariamente al acto analítico, puede derivar en un acto artístico. Por otra parte, está la cuestión del “valor notable” de ese saber hacer, que abre la pregunta acerca de si esa notoriedad conviene a la práctica analítica, incluso en términos del reconocimiento que el analista puede esperar de su trabajo.

Avanzo entonces en la distinción propuesta, ya que en ese mismo seminario en que Lacan deja del lado del artista la cuestión del saber hacer y la notoriedad, reserva para el analista aquel saber que ya caracterizó en el '73 como “saber ser desecho”⁴, condición de posibilidad necesaria – aunque no suficiente – de la emergencia del deseo del analista. Recuerdo los términos en que lo plantea: se trata para Lacan de saber ser un desecho a partir de haber cernido la propia causa del horror de saber, pero además a eso se agrega la nota del entusiasmo. Hace de esto la “marca”, la condición, que habrá de reconocerse en el analista que corre el riesgo de presentarse al pase y no únicamente para aquel analista funcionario que se autoriza de sí mismo. Digo condición de posibilidad porque no va de suyo que el saber ser un desecho se coloree de entusiasmo. Lacan evoca la posibilidad de la depresión y de hecho habría que diferenciar entre saber ser un desecho e identificarse al desecho melancólicamente.

Ese *sicut palea* es renombrado en el '75 como “*ordure décidée*”⁵, posición que conviene al analista. Del lado del analista se acentúa entonces el saber ser desecho con decisión y entusiasmo; a partir de haber logrado cernir algo de la propia causa del horror de saber. ¡Es indudable que nadie se embarca en una formación tan larga y costosa para convertirse en esto! Esta propuesta se desmarca entonces del deber ser o el querer ser, no transita por esas vías. En los inicios de un análisis seguramente se desmonten aquellos aspectos vinculados a los ideales y al deber ser. Entiendo que en un final de análisis se juega también un duelo por aquello que se creyó que se quería ser y que se lograría al final.

Con esto quiero enfatizar que el deseo del analista se disloca del querer ser, esa emergencia es disruptiva, desviada, incluso aberrante, según el término de Lacan en *El saber del psicoanalista*⁶. Es una emergencia que más bien parece producirse como un encuentro ignorado, una sorpresa que despierta. Horror y despertar. Cada analizante cuenta con su propia doxa, la ortodoxia de su fantasma que le brinda protección y seguridad. Es con respecto a ese principio de autoridad fantasmático que una desviación herética puede comenzar a producirse insidiosamente. Propuse la concepción del *clinamen* para ese esfuerzo de aprehensión que constituye el dispositivo del pase. *Clinamen*, desviación infinitesimal que cambia el curso de las cosas inadvertida e irremediamente. ¿Permite el dispositivo captar esas desviaciones imperceptibles que producen emergencias inesperadas, esas pequeñas herejías? ¿Se pueden detectar las desviaciones que condujeron a la aberración del deseo del analista? ¿Por qué caminos la propensión del análisis pudo llevar a alguien a la propulsión del acto analítico?

De alguna manera me parece que el análisis produce una suerte de acumulación de experiencias acerca del desecho, desde el comienzo y no sólo al final. Empieza por el síntoma y las formaciones del inconsciente -que son en sí desechos herejes de la conciencia-, avanza en el desmontaje de la doxa fantasmática, en la caída de la suposición de saber, deshace las creencias religiosas en los padres, despoja del amor a la verdad y del goce del sentido. Es una travesía de restos, de despojos. En cada meandro del análisis aparece algo de esta experiencia del desecho. ¿Podrá esa experiencia decantar en un saber, conducirá a la depresión, al entusiasmo? ¿Dónde se encontrará ahora refugio?

Tomar la pregunta por el deseo del analista por esta senda del saber ser desecho me parece conducir a otro asunto de suma importancia para el funcionamiento cotidiano de la Escuela: el de las compensaciones o reconocimientos que puede esperar el analista, en tanto esto no es algo que la práctica analítica en sí le vaya a proveer. No hay reconocimiento por el acto analítico, hay desconocimiento. Pero los analistas somos también seres humanos, sedientos de escabel. ¿Cómo soportar la castración del escabel que exige la posición del analista? ¿Por qué caminos se buscan ciertas compensaciones? ¿Qué política es propicia para una Escuela que pretende no quedar atrapada en la pregnancia narcisística, en la trampa de la competición, en las transmisiones escabelizantes? ¿Cómo sería una política que apunte a reencauzar la elaboración ante las tentaciones de los analistas?

Los esperamos en Buenos Aires, en el deseo de una Escuela que no ceda en su efervescencia.

¹ J. Lacan (1976-1977), *Le Séminaire, livre XXIV. L'insu que sait de l'une-bevue s'aile à mourre*, inédito, clase del 16/11/1976.

² J. Lacan, (1975-1976), *Le Séminaire, livre XXIII, Le sinthome*, Paris, Seuil, 2005, p. 61.

³ *Ibid.*, p. 118.

⁴ J. Lacan, (1973), "Note italienne", *Autres écrits*, Paris, Seuil, 2001.

⁵ J. Lacan, (1975-1976), *Le Séminaire, livre XXIII, Le sinthome, op. cit.*, p. 124.

⁶ J. Lacan, (1971-1972), *El saber del psicoanalista. Charlas en Sainte Anne*, inédito, clase del 01/06/72.